

## DEDICATORIA

### A LA CLARA MEMORIA DE NUESTRA COMPAÑERAS GLORIA SALGADO Y FLORENCIA CORREAS

Los compañeros del Posgrado en Sociología, donde trabajaron las dos colegas que hoy recordamos, me han concedido el honor de dedicar a ellas este sencillo, aunque cálido homenaje.

Los que gozamos de la fortuna de conocerlas y tratarlas de un modo especial, bien por la cercanía y comunión de ideales de trabajo, bien, para algunos otros, hasta en el terreno inviolable de la amistad profunda; más de alguna vez hemos tenido, quizá, la idea de asociar su memoria en un registro de vidas paralelas, del que las muchas literaturas del mundo presentan ejemplos clásicos. Aunque las unió profundamente la conciencia de compartir el misterio del absurdo, del dolor humano del cáncer que nos lleva, antes que a otra parte, a la visión clara de una espera programada de la muerte, no sé si podríamos hablar con rigor de vidas paralelas. Sin embargo, no pueden ocultarse algunos trazos importantes de su trayectoria que quedan dibujados con colores muy parecidos.

Ambas fueron luchadoras sociales y académicas, y pensando en lo que de ellas pude conocer por amistosa conversación, sé que las dos compañeras caminaron muy diferentes territorios y pasajes: anduvieron largos tramos por muy distintos rumbos y espacios del espíritu. Sin embargo, creo que un anhelo de plenitud las hermanaba secretamente. La búsqueda de esa plenitud en un hogar llevó a Gloria –veracruzana de grande simpatía, calladamente contagiosa– a posponer su otro anhelo, el de su formación académica; al igual que Florencia lo llenó lejos de su patria natal, pero ya con la responsabilidad de cuidar dos hijas que serían después sus

inseparables compañeras. Su lucha social estuvo siempre conjugada con sus trabajos de investigación: esa lucha era el mundo de los trabajadores mexicanos en la extranjería... Japón, Estados Unidos.

Florencia, por su lado, fue luchadora social desde muy joven: en uno de los tiempos más ignominiosos y crueles de la reciente historia argentina. Su anhelo académico tuvo que esperar a que encontrara una nueva patria y aquí vivió, sin dejar la cordial añoranza por una Córdoba, señorial y tranquila, como en la que nació y se educó al lado de una hermana menor y un hermano (mayor), inquieto estudiante que despertó las sospechas y las iras de un Gobierno demente. En profunda sintonía con él en las causas de su pueblo, herido hasta el martirio y valiente hasta la prodigalidad del ejemplo, ella optó también por el exilio y por una patria más acogedora... pero su mundo sería ya el del interés por el trabajo y su justicia, y a esto se plegarían sus anhelos académicos.

Tengo la convicción de que ambas colegas y entrañables compañeras fueron personas de profunda espiritualidad. Su inquietud religiosa llevó a Gloria a penetrar la senda del pensamiento Bahai: pacifista de sensibilidad delicada, amiga incondicional de toda causa donde se luchara por una existencia más tranquila, más humana, ella personificaba, para muchos, la imagen de ese BIEN lugareño que ante lo humano, dulce o amargo, siempre “sabe reír y cantar” (como la inolvidable canción de su Veracruz).

Tuve el gusto de compartir con Florencia, por largo tiempo, una profunda amistad con cierta persona que tal vez fue quien mejor la ayudó a superar, anímicamente, el dolor incomprensible de su enfermedad. Como ambos están, ya definitivamente, lejos de nuestro mundo tangible, no cometo indiscreción alguna cuando afirmo que ambos, esa amistad y yo mismo, nos sentimos muy privilegiados por tratar y conocer a una persona tan hondamente llena de la convicción de la cercanía del SER, así, con mayúsculas: para ella, lo que valía era el amor, la amistad, el anhelo por la justicia.

Sea lo que sea, Gloria y Florencia pasaron cerca de nosotros, muy cerca y así las sentimos porque su presencia transpiraba bondad y su mirada la reflejaba siempre, en toda ocasión, por trivial que fuera: sus ojos frente a los nuestros infundían simpatía, cariño, un algo que está más allá del

## DEDICATORIA

horizonte... no recuerdo alguna vez haber notado en ellas una mirada esquiva. Ambas creían en el ser humano y en SER, así de sencillo.

Fueron, también, inolvidable ejemplo en la asiduidad a su trabajo: su enfermedad parecía más bien a nuestros ojos como un acicate para entregarse a él: y, más todavía, muchas veces con una sonrisa en la boca, tal vez la misma con la que su amor por la vida saludaría cada nueva mañana al sol. ¡Vaya ejemplo!

Su partida nos duele y nos ha dolido mucho; pero nos anima su ejemplo y nos conforta el recuerdo de su sonrisa y su cariño. Ahora sabemos por qué nos sentimos disminuidos, y muy profundamente: nuestra deuda a la vida y al Señor de la vida ha crecido más por haber gozado la fortuna de tener por un tiempo a Gloria y a Florencia a nuestro lado...

Sabemos que descansan en paz, ¡nosotros todavía ignoramos el tramo decisivo del camino!

Pedro F. Hernández